

en Escocia é Irlanda y al del anglo-sajón y normando en Inglaterra. Suponen que éstos son más *aptos* que aquéllos. Sin detenernos en eso, que es una de tantas fantasías sobre la cacareada superioridad de la raza anglo-sajona, recordaremos solamente que muchas de las grandes individualidades británicas no derivan de este elemento: proceden directa ó indirectamente del celta, como Cromwell, Goldsmith, O'Connell, Livignstone, Hume, Robertson, Macaulay, Carlyle, Adam Smith, Hamilton, Dugald Steward, Gladstone; del semita como Disraeli. Los mismos irlandeses, verdaderos celtas, se mueren de hambre, se pudren de miseria, degeneran mental y físicamente bajo la bárbara opresión inglesa, y, en cambio, progresan y prosperan cuando se marchan de la Gran Bretaña.

Su poderío colonial ha deslumbrado. Se ha creído que su fuerza expansiva era una necesidad civilizadora. Nada más equivocado. Inglaterra no va á la colonia con lo *esencial*, va allí sólo por el negocio. No lleva á la misma ningún ideal, nada grande. El comercio es en verdad un gran elemento civilizador; lo es también la guerra en determinados casos, el elemento material, el contacto. Pero sin la esencia orgánica (fusión del colonizante y colonizado) y la espiritual (ideas y elemento moral del colonizador) ó el ideal humano de los pueblos mediterráneos, no es posible á la civilización expansionarla, ó comunicarla ó transmitirla á los demás pueblos. No basta con aportar *cualquier microbio* de la misma, hay que saber escogerlo y preparar bien el *caldo*, para que pueda desarrollarse completamente.

Y esto los ingleses no han sabido hacerlo ó no han podido conseguirlo.

J. VIDAL Y JUMBERT.

---

## Equilibrios del amor

---

(Conclusión)

---

En cuanto á la conversación no pasó de hacer en ella el papel de comparsa, asintiendo con signos expresivos á lo que decían los demás, ó haciendo varias exclamaciones de sorpresa, asombro, indignación, etc. etc., según requieran las circunstancias.

Ya no era amor lo que sentía, era delirio,

pasión incendiaria, avasalladora, salvaje. Había descuidado sus quehaceres, dejado de frecuentar las casas de sus amigos y hasta se había olvidado por completo de su complaciente primita, no acordándose de nada, más que de Fany, y estando celoso de todo el mundo, desde los periodistas que la elogiaban hasta el empresario; desde el público hasta los profesores de orquesta, que con criminal constancia, ensordecían y hacían pasar mil penas, á los oídos habituados á más dulces impresiones.

Tan amilanado y torpe aparecía siempre ante Mis Fany, que los maliciosos concurrentes á su cuarto comprendieron enseguida el secreto del enamorado, y como hombres experimentados, de buen humor y amigos de broma y algazara, la dieron por hacer de Adolfo objeto predilecto de su diversión dirigiéndolo mil pullas que le hacían salir los colores al rostro y proponiendo á la artista varias cosas, á cual más estupendas, para seguirle el gusto, á ninguna de las cuales accedía, ni mucho menos la bondadosa inglesa.

Sabido es, que no es cosa tan fácil como parece, el que un sujeto haga constantemente chacota y burla de otro; pues para esto requiérese no poco ingenio, inventiva y discreción nada vulgar. Así como estas cualidades no abundan desgraciadamente entre los hombres, y por lo contrario hay una tendencia irresistible á hurlarse del prójimo, en todos se dá el caso de que cuando un infeliz se presta por cualquier debilidad á ello, se reúnan varios amigos, todos ellos formales, dignos é incapaces de aguantar una ofensa á nadie, y poniendo así en colectividad cada uno de su parte, lo poco que puede, entre todos logran su propósito, burlándose y riéndose grandemente, del indefenso cuanto desgraciado objeto de sus sandeces.

Los concurrentes al cuarto de Fany, eran de la ralea que dejó consignada, de manera que el desventurado Adolfo, fué víctima de ellos, sufriendo cuchufletas, bromas é injurias á las que á no ser por lo acendrado de su amor, hubiera dado fin separándose de aquel lugar.

Una noche, en ocasión que la artista manifestó deseos de conocer los alrededores de la ciudad, después de una discusión bastante animada, decidieron todos obsequiarla con una espléndida comida en una quinta magnífica. Se arreglaron los preparativos, se dieron las órdenes más terminantes para que todo fuese espléndido y digno de la persona que recibía el obsequio, y Adolfo, que se había entristecido ante la idea de que no vería en